

Mensaje del Santo Padre Francisco a los participantes de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

Saludo cordialmente a los participantes en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, que se celebra del 21 al 28 de noviembre en la Ciudad de México con el deseo de impulsar una Iglesia en salida sinodal, reavivar el espíritu de la V Conferencia General del Episcopado que, en Aparecida en 2007, nos convocó a ser discípulos misioneros, y animar la esperanza, vislumbrando en el horizonte el Jubileo Guadalupano en 2031 y el Jubileo de la Redención en 2033.

Les agradezco su presencia en esta Asamblea, que es una nueva expresión del rostro latinoamericano y caribeño de nuestra Iglesia, en sintonía con el proceso preparatorio de la XVI Asamblea general del Sínodo de los Obispos que tiene como tema “Para una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión”. En base a estas claves que vertebran y orientan la sinodalidad –comunión, participación y misión– quisiera reflexionar brevemente sobre dos palabras, para que las tengan en cuenta de modo especial en este camino que están haciendo juntos.



La primera palabra es “escucha”. El dinamismo de las asambleas eclesiales está en el proceso de escucha, diálogo y discernimiento. En una Asamblea el intercambio facilita “escuchar” la voz de Dios hasta escuchar con Él el clamor del pueblo, y escuchar al pueblo hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama. Les pido que procuren escucharse mutuamente y escuchar los clamores de nuestros hermanos y hermanas más pobres y olvidados.

La segunda palabra es “desborde”. El discernimiento comunitario requiere mucha oración y diálogo para poder hallar juntos la voluntad de Dios, y también requiere encontrar caminos superadores que eviten que las diferencias se conviertan en divisiones y polarizaciones. En este proceso, pido al Señor que vuestra Asamblea sea expresión del “desborde” del amor creativo de su Espíritu, que nos impulsa a salir sin miedo al encuentro de los demás, y que anima a la Iglesia para que, por un proceso de conversión pastoral, sea cada vez más evangelizadora y misionera.

Queridos hermanos y hermanas, los animo a vivir estos días acogiendo con gratitud y alegría este llamado al desborde del Espíritu en el Pueblo fiel de Dios que peregrina en América Latina y el Caribe. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide con su protección maternal. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

FRANCISCO

Roma, San Juan de Letrán, 15 de octubre de 2021

Homilía del Presidente del CELAM en la Eucaristía de apertura de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

Queridos hermanos y hermanas en el Señor. Comienzo esta reflexión dirigiendo mi saludo a ustedes reunidos en este hermoso santuario mariano, la Casa de María de Guadalupe; a los señores cardenales e invitados especiales de otros continentes; a los asambleístas de las 22 Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe, y a todas las personas que se unen a esta celebración a través de las redes sociales.

Hoy, todos, bajo la tierna mirada de nuestra Madre, María de Guadalupe, celebramos con gozo, en una misma fe y en un mismo sentir, la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo. Damos gracias a Dios que nos ha permitido vivir y celebrar el Misterio de Cristo durante el año litúrgico que culmina colocando a Cristo Rey, en el centro de todo lo que existe.

Pero también damos gracias a Dios por esta nueva experiencia de vivir, sentir y participar en la Iglesia. Me refiero a la Asamblea Eclesial que inauguramos hoy, luego de un largo camino recorrido



juntos, escuchando a todos, sintiendo lo hermoso que es ser miembro del Cuerpo Místico de Cristo, protagonistas y corresponsables de la evangelización como discípulos misioneros.

Al iniciar esta Asamblea, le pido a Dios que abra nuestro corazón para dejarnos guiar en espíritu de escucha, sinodalidad y unidad eclesial, y descubrir lo que Él quiere decirnos como Pueblo de Dios en camino.

Queremos ofrecer nuestra existencia al Dios de la vida y hacer su voluntad, porque la verdadera grandeza está en dejarse iluminar por la luz de la verdad, en descubrir la acción de Dios en la historia, en adherirse al proyecto de Jesucristo y tener la verdad como norma suprema de comportamiento.

Esta Asamblea Eclesial, a semejanza de la Conferencia de Medellín, es un evento histórico. Porque Medellín fue la “recepción creativa” del Concilio Vaticano II, en un contexto marcado por la pobreza y la exclusión; y, esta Asamblea, al tener como objetivo “reavivar Aparecida”, que reafirmó la renovación conciliar, busca contribuir para una “segunda recepción” del Vaticano II en el nuevo contexto en que vivimos.

Esta Asamblea es histórica, también, por el hecho de que, en vez de haber realizado la Sexta Conferencia General de los Obispos, el Papa Francisco propuso esta Asamblea Eclesial, integrada por representantes de todo el Pueblo de Dios. Hay, por tanto, el paso de una asamblea donde participaban sólo Obispos, a una Asamblea plenamente Eclesial, como expresión del ejercicio del *sensus fidelium*.

Por ello, esta Asamblea Eclesial cuenta con la participación más amplia de nuestra única Iglesia, Pueblo de Dios. En ella nos hermanamos en diversidad de ministerios y carismas: obispos, sacerdotes y diáconos, religiosas, religiosos, laicas, laicos; hermanos de las periferias materiales, culturales, geográficas y existenciales, y con hermanos en Cristo en el sentido ecuménico de la fe, así como de otras religiones que quieren responder al llamado en común que Dios nos hace.

Esta 1.^a Asamblea inaugura un nuevo organismo sinodal en el ámbito continental, que sitúa la colegialidad episcopal en el seno de la sinodalidad eclesial, expresión de la vinculación del Obispo con el Pueblo de Dios en su Iglesia Local, y de concepción de la Iglesia universal como una “Iglesia de Iglesias locales”, presididas en la unidad por el Obispo de la Iglesia de Roma, con Pedro y bajo Pedro.

Esta nueva experiencia de la Iglesia, este nuevo acontecimiento de Pentecostés, al igual que hace dos mil años, se realiza con la presencia de Nuestra Madre, María del Tepeyac, quien representa a todas las advocaciones que sostienen y sustentan la vida e identidad de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños. Hemos venido hasta aquí para invocar su fiel y potente intercesión, para que nos muestre el rostro y la mirada de Cristo en esta etapa de encuentro presencial y virtual.

María de Guadalupe, siempre Madre, siempre Fiel, nos acompaña en todo este itinerario. Filialmente le pedimos que nos señale el camino que Dios desea para su Iglesia en nuestra región. Quiero que juntos le pidamos que nos haga dóciles para asumir un proceso de conversión permanente, en comunión con el Concilio Vaticano II y el Papa Francisco, en camino al Sínodo sobre la Sinodalidad, y lo que signifiquen las exigencias pastorales hacia el Jubileo del acontecimiento Guadalupano (2031) y el de la Redención (2033).

Aquí, desde tu Santuario, te presentamos, Madre, la ofrenda del camino recorrido. Han pasado 14 años desde la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, la cual, como ha dicho el Santo Padre, “todavía tiene mucho que ofrecer”, y nos encontramos ahora en UNA sola Asamblea en actitud de oración y discernimiento en la hermosa y poliédrica diversidad eclesial.

El Papa Francisco, tan cercano a nuestra América Latina y el Caribe, nos ha pedido acompañarlo en este *kairós*. Pues, esta Asamblea es un tiempo de gracia, un acontecimiento inédito, donde experimentamos la novedad del Espíritu que nos sorprende y nos lleva por caminos nuevos.



Queremos, en la difícil unidad en la diversidad, responder y acompañar a todo el Pueblo de Dios en una hora profundamente compleja y difícil, en un tiempo de Pandemia, donde los más vulnerables, los preferidos de Cristo, siguen siendo los más afectados. No nos olvidemos: ¡Cristo sigue crucificado en ellos!

El Evangelio de hoy interpela nuestra dificultad como sociedad, e incluso como Iglesia, de creer en la presencia viva y transformadora de Jesús y su Reino de vida. Y no es para menos, sobre todo cuando vemos tantos gestos de ruptura de comunión y de fraternidad: en la inequidad; en la violencia extendida; en los falsos testimonios de líderes que abandonan el sentido de servicio de sus responsabilidades; en la crisis sin precedentes de nuestra casa común, donde los preferidos del Señor son los más afectados.

También nos interpela el dolor de hombres, y sobre todo de mujeres, que han sufrido abusos o exclusión sistemática; de quienes deben abandonar sus lugares de origen para buscar mejores condiciones de vida, y son rechazados.

En el Evangelio, Pilato, como muchos actualmente, se pregunta sobre la veracidad del mensaje de Jesús. Pero el Señor responde, no con argumentos superficiales, sino presentándose a sí mismo como mensajero y como el propio mensaje. En medio de su hora más oscura, como la hora de tantos de nuestros pueblos, Jesús afirma con autoridad, su promesa de un Reino que no es de este mundo. Su camino no es como el de otros, su misión es dar testimonio de la verdad, y Él es la Verdad que nos interpela a todos sin excepción, incluso con más fuerza hoy, diciendo en presencia de su Santa Madre María de Guadalupe: “Todo el que es de la verdad escucha mi voz”.

Hoy que avanzamos en este camino Sinodal, abriendo la fase presencial y virtual de la 1.^a Asamblea Eclesial, pidamos al Señor Jesús el don de la escucha, aquella que nos lleve a salir de nuestras reducidas posiciones particulares, y nos acerque a los hermanos y hermanas para buscar a Dios en común y en comunión.

Que san Juan Diego, testigo privilegiado de la presencia materna de Santa María de Guadalupe, sea nuestro ejemplo para abrir nuestros corazones a la interculturalidad, sin temores ni dudas.

Finalmente, expreso mi filial gratitud a Nuestra Señora de Guadalupe por permitirnos estar aquí, luego de un intenso, complejo, desafiante e inspirador camino. Agradezco a todos, especialmente al Sr. Cardenal Carlos Aguiar, Arzobispo Primado de México; a Mons. Rogelio Cabrera, Presidente de la Conferencia Episcopal Mexicana; y a los que han hecho posible que estemos unidos en esta convocatoria eclesial animada por el CELAM.

¡Alabado sea Jesucristo! ¡Que viva Cristo Rey!

Mons. MIGUEL CABREJOS VIDARTE, OFM
Arzobispo de Trujillo
Presidente del CELAM

Basílica de Santa María de Guadalupe, 21 de noviembre de 2021

Mensaje del Presidente del CELAM en la apertura de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

Deseo comenzar este mensaje de apertura, agradeciendo una vez más al Dios de la vida y a Nuestra Madre María de Guadalupe, así como a tantas personas que han hecho posible este encuentro virtual y presencial. Un agradecimiento al Papa Francisco por su cercanía y apoyo permanente, a los representantes de la Santa Sede que participan en esta Asamblea, a los invitados especiales que nos acompañan, a todas las instancias eclesiales y miembros del Pueblo de Dios que han participado en el proceso de preparación, a los representantes de otras iglesias, y en particular a la Conferencia Episcopal Mexicana por acogernos en su Sede y brindarnos su ayuda.

Retomo las palabras que Su Santidad, el Papa Francisco, nos dirigió en enero de este año a todos los que hoy somos parte de esta experiencia sinodal inédita para nuestra Iglesia en América Latina y el Caribe, en comunión con toda la Iglesia universal:



Esta Asamblea debe estar junto al pueblo, no se olviden que todos somos parte del Pueblo de Dios (...) Ese Pueblo de Dios que es *infallibile in credendo*, como nos dice el Concilio Vaticano II, es el que nos da la pertenencia (...) la Iglesia se da al partir el pan, la Iglesia se da con todos sin exclusión y una Asamblea Eclesial es signo de esto; de una Iglesia sin exclusión.

El sucesor de Pedro nos indica el espíritu que debe animar la Asamblea y el itinerario a seguir. Este “caminar juntos”, significado literal de la sinodalidad, se acompaña de la fuerza renovadora que nos ha dado el Concilio Vaticano II, donde no sólo se pide una conversión de la Iglesia, sino que nos da las bases para lograrla. Esta Asamblea, junto con todo el magisterio latinoamericano, es una expresión del modo en que nuestra Iglesia continúa en su compromiso por vivir a plenitud los llamados del Concilio Vaticano II.

De hecho, el Decreto Conciliar *Unitatis redintegratio* (noviembre, 1964), presenta de forma clara la necesidad de reforma permanente de la Iglesia: “La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a una permanente reforma, de la que ella, en cuanto institución terrena y humana, necesita permanentemente” (n. 6).

Esto se realiza desde la concepción eclesiológica propuesta por el Concilio, que concibe a la Iglesia como sacramento universal de salvación (cf. *LG* 1), Pueblo de Dios (*LG* 2), sujeto histórico de la evangelización; todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio (cf. *EG* 111-134); por eso, cada bautizado es convocado a ser protagonista en la misión con un énfasis ministerial (cf. *LG* 3).

Aparecida, en el 2007, como experiencia eclesial que inspira y acompaña esta Asamblea, nos llama a todos a ser discípulos misioneros, y a pasar de una “pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (*DAP* 370). Esperamos que esta Asamblea sea un instrumento significativo para este fin.

El acontecimiento que hoy iniciamos formalmente se enmarca en el intenso proceso de discernimiento vivido por el Episcopado

Latinoamericano, con algunos representantes de otras instancias eclesiales, en la Asamblea del CELAM en Tegucigalpa (2019). Ahí se dieron las orientaciones para realizar una renovación y reestructuración pastoral e institucional del CELAM.

Entre muchas directrices, quisiera compartir algunas que nos ayuden a comprender el camino hacia esta 1.^a Asamblea Eclesial:

- Hacer un alto en el camino para realizar un análisis y discernimiento serios sobre la misión pastoral del CELAM;
- Animar a que el CELAM sea una escuela de sinodalidad;
- Reestructurarnos para responder a la realidad y ser competentes ante ella;
- Idear otra estructura pastoral más adecuada.

Con este mandato, el CELAM, junto con toda la Iglesia en América Latina y el Caribe, se ha puesto en actitud de escucha, con la convicción de que en este *kairós*, que es el tiempo propicio de Dios, estamos llamados a escuchar la voz del Espíritu Santo que emana con fuerza desde el santo pueblo fiel.

Esta 1.^a Asamblea Eclesial está llamada a fortalecer el discernimiento en común de toda la Iglesia (y de la sociedad que quiera dejarse interpelar), para que respondamos de modo más genuino al mandato evangelizador y a los interpelantes signos de los tiempos de nuestra Región. Queremos impulsar con más fuerza nuestra misión salvífica integral, y seguir descubriendo los nuevos caminos para el seguimiento del Señor en América Latina y el Caribe.

En medio de la más dura crisis de nuestra generación, causada por la Pandemia del Covid 19, la Iglesia se ha puesto en actitud de escucha, discernimiento y respuesta. Esta Asamblea Eclesial, con sus más de 1.000 delegados, mujeres y hombres de toda la diversidad ministerial y regional, quiere ser un medio propicio para una conversión integral, que nos permita colaborar en la tarea



de hacer presente el Reino de Jesús, con una especial mirada hacia los que están en las periferias culturales, geográficas, materiales y existenciales.

En esta Asamblea tenemos también presente a todos los que participaron en la fase de escucha que se realizó entre abril y agosto de 2021; a las casi 70.000 personas de toda nuestra región: 47.000 en espacios comunitarios diversos; 8.500 en aportes individuales; y, 14.000 en los foros temáticos sobre los temas más amplios y diversos.

A partir de las voces de esa importante porción del Pueblo de Dios se elaboró el *Documento para el discernimiento comunitario*, con el que nos hemos preparado para llegar a este momento. Y, en esta fase asamblearia, hacemos presente toda la diversidad eclesial a la que queremos volver, como parte de este proceso. Pues, toda experiencia sinodal debe comenzar, pero también culminar, con y en el Pueblo de Dios.

Deseo culminar estas palabras introductorias, trayendo al corazón la oración que se nos propone en la Constitución Apostólica *Episcopalis communio* (14), como una invitación a una actitud que nos acompañe en toda esta Asamblea:

Pidamos ante todo al Espíritu Santo, para los padres sinodales (aquí se trata de quienes participan de esta Asamblea), el don de la escucha: escucha de Dios, hasta escuchar con él el clamor del pueblo; escucha del pueblo, hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama.

Mons. MIGUEL CABREJOS VIDARTE, OFM
Arzobispo de Trujillo
Presidente del CELAM

Casa Lago, Ciudad de México, 22 de Noviembre de 2021

Mensaje del Prefecto de la Congregación para los Obispos y Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina a los participantes de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

*“Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles”.*

(Sal 126)

¡Que el Espíritu del Señor presente en medio de nosotros nos ayude a discernir juntos cómo reactivar el espíritu misionero que el Papa Francisco nos transmite con su ejemplo y su magisterio! Estamos aquí reunidos algunos pocos de manera presencial, pero muchos en modalidad telemática, y tantos otros y otras en modalidad de oración, para actualizar un compromiso solemne adquirido en la Conferencia de Aparecida, desplegado en la misión continental y confirmado por la presencia del Papa Francisco en la sede de Pedro.

Saludo muy cordialmente a todos ustedes en su nombre, pastores y fieles, familias y autoridades eclesiales y civiles de nuestros pueblos del continente y del Caribe. Considero un privilegio estar en medio de ustedes a pesar de la pandemia que nos sigue limi-



tando pero que no ha podido frenar el dinamismo eclesial y social del continente de la esperanza. Este dinamismo se expresa en la iniciativa original de esta Asamblea continental que asume el reto de la sinodalidad y promete reactivar un compromiso misionero creativo en el espíritu de la *Evangelii gaudium*.

Les brindo este saludo en nombre de la Congregación para los Obispos, que tiene un interés creciente en América Latina por el hecho de que el Papa Francisco confirmó la vinculación de la Comisión Pontificia para América latina con esta Congregación, fortaleciendo su composición con el nombramiento de dos nuevas figuras conocidas en muchos ambientes eclesiales, universitarios y populares de América Latina: El señor Rodrigo Guerra, mexicano, Secretario de la Comisión, y la señora Emilce Cuda, argentina, jefe de oficina en la misma Comisión. Me alegra mucho estar acompañado por ambos en esta Asamblea Eclesial y estoy convencido de que en los años venideros la contribución de ambos será notable y apreciada debido a sus experiencias y competencias como académicos y agentes de pastoral, animadores de buenas prácticas en el campo de la doctrina social de la Iglesia.

La Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe es una de las variadas formas como la Iglesia reaprende a escuchar y a discernir. Hace pocos días, cuando el Papa Francisco daba inicio al proceso sinodal, nos regaló algunas consideraciones que me parece también nos aplican aquí. El Santo Padre afirmaba que es preciso que nos volvamos “Iglesia de la escucha”, para así

tomarnos una pausa de nuestros ajetreos, para frenar nuestras ansias pastorales y detenernos a escuchar. Escuchar el Espíritu en la adoración y la oración. ¡Cuánto nos hace falta hoy la oración de adoración! Muchos han perdido no sólo la costumbre, sino también la noción de lo que significa adorar. Escuchar a los hermanos y hermanas acerca de las esperanzas y las crisis de la fe en las diversas partes del mundo, las urgencias de renovación de la vida pastoral y las señales que provienen de las realidades locales¹.

¹ PAPA FRANCISCO, *Momento de reflexión para el inicio del proceso sinodal*, 9 de octubre de 2021.

Fijémonos cómo en este breve texto, el Papa Francisco nos afina la mirada: primero y antes que nada es preciso escuchar al Espíritu en la adoración y la oración. Muchas veces nuestras propias ideas llenan nuestra mente y nuestro corazón. Aún al arrodillarnos, nuestra vida interior se llena muchas veces de nuestros propios planes y de nuestros alambicados juicios previos, es decir, de nuestros prejuicios. Habiendo orado y adorado, podemos ahora sí, escuchar a nuestro hermano con apertura sincera de corazón. Y escuchando a Dios y a nuestros hermanos viviremos una experiencia de sorpresa y de ampliación de horizontes.

Asimismo, me ha alegrado mucho al leer el *Documento para el discernimiento comunitario* que se ha recuperado una de las más breves y potentes intuiciones de Aparecida: “la fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión” (DAP 156), y pocas líneas después, se nos recuerda: “porque la comunión es misionera y la misión es para la comunión” (DAP 163). La sinodalidad debe comprenderse siempre en un dinamismo en ‘salida’.

En efecto, no hay misión verdadera sin comunión eclesial profunda, ni comunión eclesial madura sin auténtico ímpetu misionero. Por esto la sinodalidad, que es como la dimensión dinámica de la comunión, debe orientarnos más *ad extra*, a compartir la ‘buena noticia’, y no tanto *ad intra*, es decir, a las estructuras intraeclesiales y los puestos de poder.

Agradezco al Señor de la historia la oportunidad de caminar junto con todos ustedes en esta aventura eclesial. Nada escapa de sus manos. Él nos conduce siempre hacia puerto seguro. ¡Escuchemos su voz ahí dónde se encuentre y pidamos que el Espíritu siempre nos ilumine a todos para hacer el mejor discernimiento en comunión profunda, unidos de verdad en una misma fe, *cum Petro et sub Petro!*

Card. MARC OUELLET

Prefecto de la Congregación para los Obispos y
Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina

Casa Lago, Ciudad de México, 22 de Noviembre de 2021

Mensaje del Primer Vicepresidente del CELAM a los participantes de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe*

Bom dia a todos! ¡Buenos días a todos! Good morning everybody! Bonjour à tous!

Sean todos muy bienvenidos al tercer día de nuestra Asamblea Eclesial de América Latina y El Caribe. Bienvenidos todos, desde Canadá hasta la Patagonia, los participantes de nuestra Asamblea Eclesial presentes en México y todos aquellos que, en los más diversos lugares de nuestro continente, participan de esta Asamblea Eclesial. Iniciamos este tercer día con el pensamiento enfocado en un tema importante.

Soy el Cardenal Odilo Pedro Scherer, arzobispo de São Paulo, en Brasil; soy el Primer Vicepresidente del CELAM y tengo el placer de dirigirles una palabra de saludo y mi reflexión en este día.

* Texto original en portugués. Traducción del P. Boris A. Nef Ulloa.



En nuestra Asamblea recordamos la 5.^a Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe, realizada en Aparecida, en Brasil. El Papa Benedicto XVI hizo la apertura de la Conferencia en el Santuario Nacional de Aparecida, en el día 13 de mayo de 2007. Fue un momento muy bonito y marcante para la Iglesia en nuestro continente.

Esta Conferencia General produjo el *Documento de Aparecida*, con indicaciones muy importantes para la evangelización y la vida de la Iglesia. El Papa Francisco nos pide que volvamos nuevamente al *Documento de Aparecida*, porque contiene una gran riqueza, que tal vez aún no ha sido bastante explorada. Este documento aún tiene mucho qué ofrecer a la Iglesia de nuestro continente y continúa siendo actual.

Por eso mismo, el Papa Francisco nos recomendó que hiciéramos una evaluación sobre la aplicación de la Conferencia de Aparecida, buscando percibir cuales son los frutos que las conclusiones de la Conferencia ya han producido en la vida de la Iglesia y en la evangelización en nuestro continente. Pero el Papa también pide que evaluemos los aspectos del *Documento de Aparecida* que, tal vez, aún no fueron asumidos y cómo podrían ser mejor asimilados y vividos.

El Papa Francisco también pide que estemos atentos a las nuevas cuestiones surgidas desde 2007 hasta el presente: nuevas cuestiones eclesiales, cuestiones sociales, situaciones humanitarias, económicas, políticas y culturales, que desafían la misión de la Iglesia y frente a las cuales ella debe decir su palabra de discernimiento, a la luz del Evangelio, para ser sal para la comunidad humana de cada una de nuestras naciones y países.

Hoy retomamos nuestra reflexión sobre uno de los conceptos más importantes de la Conferencia de Aparecida: la conversión. Este concepto es fundamental para que comprendamos las diversas orientaciones de ese Documento.

La Conferencia de Aparecida recomendó que la Iglesia de América Latina y el Caribe no se contentara apenas con una pastoral de conservación, sino que se lanzara con coraje a una verdadera pastoral de renovación misionera, ofreciendo respuestas nuevas a las cuestiones nuevas que devienen de la historia y la evolución de la vida social, económica, política y de la propia vida eclesial.

El *Documento de Aparecida* llama “conversión pastoral” a ese proceso de superación de una pastoral de mera conservación. Y esa conversión necesita ser una auténtica conversión misionera para revitalizar la Iglesia. Al inicio de la predicación del Evangelio, conforme leemos en el Evangelio según san Marcos (cf. Mc 1,15), Jesús convocó a todos a la conversión: “El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; conviértanse, y crean en el Evangelio”. Es un llamado a volverse al Reino de Dios, a hacer cambios de rumbo en la vida, en las actitudes, en la religiosidad. Ese proceso de conversión es necesario para acoger el Evangelio del Reino de Dios.

Es un proceso nunca concluido y es necesario que sea propuesto en todo el tiempo, a todas las generaciones, y también hoy. Ese proceso de conversión es personal, pues cada persona necesita volver a Dios enteramente; pero también es eclesial y comunitario: la Iglesia necesita volver siempre de nuevo al Evangelio, para acogerlo, anunciarlo frente a las nuevas cuestiones, que exigen posturas nuevas para que el Evangelio produzca nuevos frutos en los nuevos contextos.

El *Documento de Aparecida*, por tanto, nos llama a una verdadera conversión pastoral. Eso puede parecer extraño, pues estamos más acostumbrados a hablar de conversión personal y moral, tal vez de conversión religiosa, de una vida distante de Dios a una vida en comunión con Dios. Ese tipo de conversión permanece, es verdadera. Pero la Iglesia en su conjunto también está llamada a revisarse y a renovarse, volviéndose más y más a Jesucristo, y así renovando su adhesión a Él y a su Evangelio. El Evangelio es luz, sal



y levadura para la vida en cada momento, en cada situación de la historia y de la vida social.

Por eso mismo, la conversión pastoral exige de nosotros el coraje de asumir actitudes nuevas y, eventualmente, de abandonar viejas prácticas, que ya no producen más frutos y ya están superadas pastoralmente. Tal vez nosotros continuamos muy aferrados a ciertas prácticas porque nos gustan demasiado, pero ya no responden más a las necesidades de nuestro tiempo y a las situaciones cambiantes de la cultura.

Conversión pastoral exige cambiar los métodos de la pastoral, los focos, las atenciones prioritarias, el modo de hacer pastoral. En el *Documento de Aparecida*, la conversión pastoral tiene una característica: es conversión misionera. No podemos entender nuestra Iglesia como algo que ya está acabado y ya cumplió su misión, solamente debiendo cuidar y conservar lo que es suyo. La misión de la Iglesia continúa y debe ser retomada constantemente, en cada nueva generación.

En nuestro tiempo, la conversión pastoral debe integrar profundamente la dimensión misionera. Todo en la Iglesia, todo lo que dice respecto a la vida de la Iglesia debe tener un enfoque misionero porque la Iglesia es misionera por su naturaleza. Jesús quiso que ella fuera misionera, de muchas formas, para el anuncio y el testimonio del Evangelio. Por lo tanto, nuestra reflexión hoy es una invitación para que retomemos el proceso de conversión, también de cara a las nuevas cuestiones y situaciones en nuestro continente.

Jesucristo tiene sueños para su Iglesia y para la humanidad. Hay situaciones nuevas para enfrentar en la vida pública y privada, además en la vida de la Iglesia. Nuestra fidelidad a Cristo y al Evangelio exigen de nosotros respuestas nuevas. También los sueños de Dios en relación a nuestra Casa Común y al medio ambiente piden de nosotros un verdadero proceso de conversión pastoral y misionera. Es para eso que somos cristianos, para eso la

Iglesia existe: ¡para que participemos en la edificación de un mundo de acuerdo con el sueño de Dios!

Les deseo a todos un buen día de trabajo, y muy fructífero, en esta Asamblea Eclesial de América Latina y El Caribe.

Card. ODILO PEDRO SCHERER
Arzobispo de São Paulo, Brasil
Primer vicepresidente del CELAM

Casa Lago, Ciudad de México, 23 de Noviembre de 2021

Mensaje del Secretario General del CELAM a los participantes de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

Cuando nace un bebé es común que se le busquen rasgos parecidos con otros miembros de la familia: la nariz, las orejas, la sonrisa. Pero el conocimiento verdadero lo alcanzamos cuando sabemos quién es la persona en sí misma.

Respecto de la Asamblea Eclesial nos ha sucedido algo semejante. En un principio comenzamos resaltando lo que no es para comprender lo que sí es. No es una Conferencia General del Episcopado; en esta la Asamblea participan las diversas vocaciones del Pueblo de Dios. No es un Encuentro del Pueblo de Dios, que se reúne para una celebración o un espacio formativo que concluye. En la Asamblea se discute, se comparten inquietudes, se discierne, se imagina el futuro para caminar juntos.

La Asamblea Eclesial no termina con la Eucaristía el domingo 28 de noviembre. Es un proceso con diversas fases o etapas. Vendrá el tiempo de recoger los aportes de estos días y continuar realizando el discernimiento de opciones pastorales para asumir los nuevos desafíos a los cuales Dios nos urge responder.



Recuerdo que al publicarse el *Documento conclusivo* de Aparecida nos preguntábamos: ¿Cómo hacemos para que los obispos se apropien del Documento? Pero pronto cambiamos la formulación: ¿Cómo hacemos para se lo apropien las diócesis, todo el Pueblo de Dios?

Hoy seguimos escuchando preguntas en aquel estilo. ¿Cómo hacemos para que se sumen los sacerdotes (los párrocos), para que los obispos se motiven con la Asamblea Eclesial? ¿Y el camino sinodal al cual nos ha convocado Francisco?

No se trata de contraposición de vocaciones, sino de sumarnos todos los hombres y mujeres de fe (diversos carismas, vocaciones, ministerios) como Pueblo de Dios para caminar juntos.

Hay una cuestión que es muy importante señalar. Entre la Asamblea Eclesial y el Sínodo no hay yuxtaposición y menos aún oposición. Son impulsos del mismo Espíritu Santo en el mismo sujeto eclesial.

La conversión pastoral comenzó en la mañana de Pentecostés. Las primeras comunidades debieron discernir qué hacer ante los nuevos desafíos de la misión. El Espíritu Santo fue mostrando los lugares y actitudes que los nuevos escenarios desafiaban a la evangelización: compartir los bienes, rezar juntos, acercarse a los pobres y excluidos de la sociedad y la comunidad religiosa. Los textos del Nuevo Testamento nos traen hermosos testimonios: Pedro, Santiago, Juan, Felipe, Pablo, Bernabé, Priscila, Lidia, María, Evode, Julia. Francisco nos invita a volver a leer y dejarnos iluminar por el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Quisiera que no perdamos de vista las dos palabras que nos entregó el Papa en su mensaje: “escucha” y “desborde”.

La escucha no tiene la finalidad de un marketing religioso. Implica entrar con los pies descalzos en los corazones que se abren y se expresan. Estamos “pisando tierra sagrada”.

Se trata de escuchar “la voz de Dios hasta escuchar con Él el clamor del pueblo, y escuchar al pueblo hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama” (Francisco, *Mensaje a los participantes de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe*). Resuena en esta expresión la voz del beato obispo y mártir Enrique Angelelli: “tener un oído en el pueblo y otro en el Evangelio”.

Varias veces hemos escuchado al Cardenal Bergoglio hacer referencia a lo que implicó desarrollar las sesiones de la V Conferencia debajo del Santuario de Aparecida. Compartir cotidianamente la Eucaristía con los peregrinos, y durante toda la jornada escuchar sus cantos, cruzarnos permanentemente con las peregrinaciones grupales o familiares, daba esa connaturalidad y amistad con el pueblo sencillo. Las expresiones de la piedad popular nos vinculan con las raíces de la fe.

En la oración preparatoria de la Asamblea mencionamos “la sangre de tantos hombres y mujeres mártires que fecundaron nuestra fe”.

En nuestros diálogos grupales acogemos los dolores y sufrimientos de los pueblos de América Latina y el Caribe. También las alegrías; entre ellas la próxima beatificación de los cuatro mártires en El Salvador: P. Rutilio Grande (gran amigo del obispo san Óscar Romero), Padre Cosme Spessoto, Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus (de 15 años de edad).

San Óscar Romero tenía como lema episcopal “sentir con la Iglesia”. La Iglesia en el continente está en camino de Asamblea, la Iglesia y el mundo está en camino sinodal. Hoy “sentir con la Iglesia” nos lleva a la comunión y la misión en espíritu sinodal.

Acogemos el Magisterio del Concilio Vaticano II, de Aparecida, de Francisco, los Papas, como hemos escuchado en estos días. “La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo” (*EG* 268).



Señor Cardenal Marc Ouelet, Señor Cardenal Mario Grech, envíen nuestro saludo de cariño sincero al Papa Francisco. Hacemos explícito y sin pudor nuestro amor y fidelidad al sucesor de Pedro y su Magisterio. Él sabe que cuenta con nosotros y que lo tenemos presente de modo permanente en la oración.

La Virgen de Guadalupe nos cuida con su ternura de mamá.

Mons. JORGE EDUARDO LOZANO
Arzobispo de San Juan de Cuyo
Secretario General del CELAM

Casa Lago, Ciudad de México, 25 de Noviembre de 2021

Homilía del Prefecto de la Congregación para los Obispos y Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina en la Eucaristía de clausura de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

“Haznos ver, Señor, tu amor y danos tu salvación”
(Aleluya)

Queridos hermanos, queridas hermanas del Pueblo santo de Dios, queridos hermanos en el episcopado, estimados participantes de la 1.^a Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe:

Concluimos una hermosa etapa de nuestro peregrinar sinodal aquí en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, como signo profético de gratitud por la protección y la presencia de María Santísima durante la semana intensa de escucha, fraternidad y entusiasmo por nuestra fe que acabamos de vivir.

Hablo de “signo profético” porque nuestra presencia aquí hoy da testimonio de que el anuncio de la Virgen mestiza a san Juan Diego, sigue más actual que nunca y produciendo nuevos frutos de



comuni3n, participaci3n y misi3n, conforme a la naturaleza sinodal de la Iglesia.

Un signo prof3tico es un acontecimiento, un mensaje, un gesto y una palabra por los cuales Dios habla al coraz3n de las mujeres y hombres de nuestro tiempo.

El mensaje de Dios hoy en este primer domingo de Adviento, es mensaje de esperanza porque el profeta Jeremías nos anuncia al mesías que trae la salvaci3n, porque San Pablo explica a los Tesalonicenses y a nosotros c3mo caminar en la luz del Señor Jes3s que nos acompaña en el camino, mientras que el Evangelio nos exhorta a orar en todo tiempo para superar el miedo difundido que aflige a todos nosotros y al mundo entero, en el contexto dramático de la pandemia que no acaba.

Queridos hermanos y hermanas, en este contexto difícil, nosotros estamos llamados a la gratitud sincera por los bienes del Reino que nos dan paz, seguridad y esperanza en medio de pruebas y dolores que nos afectan tanto como al resto de nuestros hermanos y hermanas en otras partes del mundo.

Venimos aqu3 como a un oasis en el desierto, como a un pequeño pozo de agua para saciar nuestra sed, para encontrar una mirada materna que nos tranquilice y consuele, para descargar en su regazo nuestras fatigas y quehaceres, y sobre todo para entregar a la Madre del cielo y de la tierra el sueño de una Iglesia sinodal.

Este sueño se est3 materializando en muchas iniciativas que el Papa Francisco va sugiriendo, bendiciendo y acompañando con amor paterno.

En este sentido, nuestra 1.^a Asamblea Eclesial de Am3rica Latina y el Caribe es un signo prof3tico que revela un despertar de la fe en el Esp3ritu Santo, que enciende el amor por todo ser humano, y sobre todo por los m3s d3biles, vulnerables y marginados. ¡Un pueblo que es tambi3n familia de Dios, no puede jam3s abandonar a los m3s pobres!

La Iglesia vuelve a tomar conciencia de su identidad misionera como pueblo en camino; como cuerpo y esposa de Cristo, como pueblo sacerdotal, portador y mediador del Don del Espíritu Santo a todas las naciones.

Nuestros días de convivencia presencial y digital han contribuido a fraguar aún más la unidad de este nuestro continente cristiano, mariano y cada vez más sinodal.

Ojalá hagamos cada vez más progresos en la vivencia del amor, de la escucha sincera de la diversidad, de la paciencia para integrar la participación de todos, en la alegría que brota de la comunión fraterna y sinodal. San Juan Diego vivió la tentación de querer hacer su propio proyecto, cuando evitando encontrarse con la Virgen de Guadalupe buscó ayudar a su querido tío enfermo, basado en sus propias ideas, valiéndose sólo de sus propias fuerzas.

Fue entonces, que la Virgen le salió al encuentro de manera imprevista y con ternura le mostró que es mejor siempre optar por el proyecto de Dios, que es proyecto de amor, de fidelidad y de confianza. Ella le dio una segunda oportunidad. Y así, san Juan Diego, dócilmente, despertó de su engaño y descubrió una mayor libertad y una más profunda alegría al aceptar entregarse al abrazo de María y al seguimiento radical de Jesús. Así fue cómo cumplió con su misión sinodal de llevar una buena noticia al obispo.

Que afortunados somos que ella, Virgen de Guadalupe, Virgen del Adviento, nos corrija el rumbo, ¡con ternura! Que afortunados somos que nos diga a cada uno de nosotros: “¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo; ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?”¹.

Bajo la mirada de nuestra Madre morenita, y recordando al Papa Francisco que se dejó contemplar por ella, nos recogemos

¹ *Nican Mopohua*, n. 119.



ahora con agradecimiento, alegría y esperanza, pidiéndole que su Divino Hijo sea para nosotros como para Ella, nuestro todo, nuestra compañía permanente, nuestro único Salvador, nuestro tesoro como discípulos misioneros, miembros de la Iglesia discipular y sinodal. Amén.

Card. MARC OUELLET

Prefecto de la Congregación para los Obispos y
Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina

Basílica de Santa María de Guadalupe, 28 de Noviembre de 2021

Homilía del Secretario General del Sínodo de los Obispos en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

**Observen la higuera
(Lc 21,29-33 - 26.11.21)**

Queridos hermanos y hermanas, continuando con el discurso del Evangelio de ayer, Jesús invita a sus discípulos a observar los fenómenos de la naturaleza. De manera especial les invita a observar la higuera y también las demás plantas. Cuando se empiezan a ver los brotes, significa que el verano está cerca. Se trata de pequeños brotes, que a simple vista pueden pasar desapercibidos. Sin embargo, son un indicio de que el verano está cerca y de que pronto los árboles se cubrirán de hojas y frutos; podrán dar sombra y refrescarse; podrán alimentar y alegrar con la dulzura de sus frutos.

Sin embargo, todo esto no podría ocurrir sin los pequeños brotes invisibles, de modo que, si el mal tiempo los estropeara, la cosecha de frutos también se vería comprometida. Es una imagen que nos habla de nuestra vida eclesial hoy: también nosotros



debemos saber reconocer los signos de vida, por pequeños que sean, que también hoy el Espíritu suscita en nuestras comunidades, en las Iglesias de todo el mundo, con sus diferentes dones. El Santo Padre dijo en su discurso de apertura del camino sinodal el 9 de octubre en Roma: “Este es el reto. Para una ‘Iglesia diferente’, abierta a la novedad que Dios quiere sugerirle, invoquemos con más fuerza y frecuencia al Espíritu y escuchémosle humildemente, caminando juntos como Él, creador de comunión y misión, quiere, es decir, con docilidad y valentía”. En palabras del Santo Padre, esta Asamblea Eclesial de la Iglesia en América Latina y el Caribe, caracterizada por una consulta capilar al Pueblo de Dios, es también una “nueva expresión del rostro latinoamericano y caribeño” (*Mensaje del Papa para la apertura de la Asamblea Eclesial*, 15 de octubre del 2021).

Jesús nos invita en primer lugar a observar y a aprender. Casi parece que Jesús quiere entregarnos los verbos centrales de esta primera fase del camino sinodal, hecha sobre todo de escucha mutua y profunda. Jesús nos pide que no nos distraigamos, que no nos fijemos solo en las cosas grandes, que no esperemos acontecimientos sensacionales, que no dialoguemos solo con lo “perfecto”. De ser así, corremos el riesgo de no darnos cuenta de lo que ocurre, porque no se corresponde con lo que esperamos.

A menudo nos quejamos, le preguntamos a Dios por qué no se hace oír y ver en la historia, por qué no nos sorprende también hoy con prodigios y signos inequívocos... pero quizás somos nosotros los que no sabemos ver los brotes, los pequeños signos del Reino que florece. ¿Y no podría ser el inicio del camino sinodal precisamente uno de estos pequeños brotes que el Espíritu hace florecer en la Iglesia de nuestro tiempo?

En el discurso de apertura del viaje sinodal, el Papa Francisco nos advirtió del peligro de la frase “siempre se ha hecho así”, corriendo el riesgo del inmovilismo. El Papa dijo: “Quienes se mueven en este horizonte, incluso sin darse cuenta, caen en el error de no tomar en serio el tiempo en que vivimos. El riesgo es que, al final, se adopten viejas soluciones para nuevos problemas:

un remiendo de tela áspera, que al final crea un desgarro peor (cf. Mt 9,16)”. El Evangelio de hoy, hermanas y hermanos, nos dice precisamente esto: es una invitación a “tomar en serio” el tiempo en que vivimos, incluso a partir de los signos más humildes, que son los del estilo del Dios de Jesús.

En segundo lugar, Jesús nos pide que aprendamos. A veces creemos que ya lo sabemos todo, que sabemos cómo y cuándo se va a manifestar el Reino de Dios y su poder. Como Pedro en el camino a Jerusalén, pensamos que somos nosotros los que tenemos que enseñar a Jesús el camino a seguir. En cambio, Jesús nos llama a estar dispuestos a aprender una y otra vez a ser sus discípulos. No es cosa fácil para nosotros, “maestros” acostumbrados a la *ecclesia docens*, aceptar que hay que aprender, sobre todo cuando se trata de aprender de las cosas sencillas, a veces aprender de los más pequeños y lejanos. Pero este es el estilo de Jesús: Él también aprendió, se dejó enseñar por una mujer pagana que estaba desesperada por la vida de su hija. El camino sinodal consiste, al fin y al cabo, precisamente en esto: en aprender de nuevo a ser discípulos del Señor. Y aprenderlo de los últimos.

Jesús nos invita incluso a aprender de la naturaleza o del trabajo del agricultor, de la sabiduría más sencilla. A menudo complicamos tanto nuestra relación con Dios que se vuelve “inhumana”, alejada de la realidad. Pues bien, Jesús nos pide que aprendamos del modo de proceder de un humilde agricultor que, para saber cuándo llega el verano, no va en busca de señales llamativas en el cielo, no mira la posición de las estrellas, sino que se limita a observar una higuera que está echando sus primeros brotes. Aprender de los humildes, de los más pequeños... esto es lo que nos enseña el Evangelio. En el *Documento Preparatorio “Por una Iglesia Sinodal”* leemos que la escucha no debe limitarse a los que tienen un papel dentro de las Iglesias particulares, sino que “será de fundamental importancia que la voz de los pobres y de los excluidos también encuentre un lugar” (nº 31).

Jesús dice: “cuando vean que suceden estas cosas, sepan que el Reino de Dios está cerca”. Pero “estas cosas” son las que suceden



en el momento de la entrega de su vida en la cruz; en el momento del amor. Ese es el momento en que el sol se oscurece. Esto es lo que nos dice Jesús: “Cuando sepan observar en la historia pequeños signos de amor gratuito y de don de la vida, sabran que el Reino de Dios está cerca”. En cada gesto de amor gratuito continúa el don de la vida de Jesús, se manifiesta el Reino de Dios. Son los pequeños brotes que hay que saber observar, como hace el agricultor con la higuera.

Porque las cosas grandes como “el cielo y la tierra”, que a nosotros nos parecen inquebrantables, pasarán, mientras que una cosa débil como la palabra no lo hará. Porque, ¿qué hay que sea aparentemente más débil que la palabra? Jesús da la vuelta a nuestros parámetros, nos trastorna, nos llama a la conversión continua. ¿Qué puede ser más frágil que la palabra, más mansa, más “temporal”? Pues bien, Jesús dice en cambio que todas las cosas que creemos indestructibles pasarán, mientras que su Palabra no pasará nunca. Es una mirada de fe que nos da esperanza al inicio del camino sinodal, que no debemos mirar con “ojos mundanos”, sino con la mirada de Jesús, que desde la humilde higuera aprende a leer los signos de los tiempos. Solo si tenemos esta mirada, nuestra “Asamblea será expresión del desborde del amor creador de tu Espíritu” (*Mensaje del Papa para la apertura de la Asamblea Eclesial*, 15 de octubre del 2021).

Es el don y el drama del creyente: el “ministerio de la esperanza” del cual el mundo no puede verse privado por culpa nuestra. Que el camino sinodal nos ayude a ello: a no privar al mundo del “ministerio de la esperanza”. Es un don que hay que guardar, un drama que hay que vivir “con un alto precio”. Pero no te demores, Señor, sal a nuestro encuentro con “tus palabras” que, a diferencia del cielo y de la tierra, “no pasarán nunca” (Lc 21,33). Nosotros, en torno a tu mesa, “entre la memoria y la profecía”, “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, mientras esperamos tu venida”, para que nuestro corazón no se agobie mientras esperamos tu día que “tarda en llegar” (Lc 12,45) y para que las guerras, las hambrunas, las persecuciones, el luto... las pandemias no sean una carga insoportable. Y cuando vengas, Señor, entonces descubriremos

con alegría lo que ahora sólo intuimos en la fe. Cuando vengas, descubriremos que en nuestro luto y en nuestras persecuciones, en nuestras hambrunas y en nuestras guerras, nunca hemos estado solos, porque yo, en tu Palabra siempre extendida, la única esperanza de nuestros días, “siempre estuve contigo, y me tomaste de la mano derecha” (Sal 73,23).

Card. MARIO GRECH
Secretario General del Sínodo de los Obispos

Casa Lago, Ciudad de México, 26 de noviembre del 2021

Mensaje del Relator General del Sínodo de los Obispos a la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

Querido Miguel, queridas hermanas, queridos hermanos:

Sólo quiero agradecerles de todo corazón su invitación a esta Asamblea Eclesial. Represento a la COMECE, la Comisión de los Obispos de la Comunidad Europea, y tengo muchos deseos de compartir mi experiencia de esta Asamblea con mis hermanos y hermanas de Europa.

Europa es un viejo continente en el que la Iglesia está a veces un poco cansada. Experimentamos una gran secularización, y hasta ahora no hemos encontrado la manera correcta de afrontarla.

Por poner un ejemplo, en Alemania el número de personas sin religión es casi tan grande como el de católicos y protestantes juntos. Esto conduce a una gran tentación: la añoranza de un pasado ideal, el deseo de restaurar un mundo ya desaparecido.

Gracias a Dios, tenemos un Papa que viene de América Latina, que nos enseña que hay que buscar y encontrar a Dios en el mundo secularizado de hoy. Dios está presente en la Europa de hoy.



En esta Asamblea, a través de la participación por medio del zoom, pudieron unirse a muchas realidades donde Dios se encuentra en el plano existencial y personal de cada uno de los participantes.

Pudieron unirse a las alegrías y a los dolores de las personas, de sus comunidades y de sus pueblos. Pudieron discernir la presencia del Dios vivo en estas realidades, pudieron hacer un discernimiento de su llamada, y pudieron dar una respuesta personal y comunitaria a esta llamada.

Como Relator General del Sínodo sobre la Sinodalidad, tuve que dar un pequeño discurso en la reunión pre-sinodal del 9 de octubre de este año. Ahí expresé que mi hoja está todavía en blanco, que necesito escuchar las voces de mis hermanas y hermanos para llenar esas páginas.

Su Asamblea me ayudó a ver más claro, y me ayudó a desarrollar la imagen de las páginas blancas. Las páginas blancas no son el color blanco de la neutralidad, son el color blanco del Evangelio.

Para poder ser un buen Relator tengo que llenar primero las páginas blancas con mi propia conversión al Evangelio, mi conversión personal y mi conversión como obispo. Sin esta conversión, puedo oír, pero no puedo escuchar.

Mi propia conversión me permitirá ver la presencia del Señor en las declaraciones y palabras de mis hermanos y hermanas. Y ustedes me han ayudado a dar ya color a mis páginas blancas. Colores fuertes que darán forma a mi documento.

Ustedes, sus experiencias personales y su discernimiento comunitario, representan los primeros colores en mis páginas blancas. Y estos colores son hermosos, son los colores de la vida y tienen el sabor de Dios.

Muchas gracias, sigan en su camino, y recen por mí para que pueda cumplir mi misión de Relator del próximo Sínodo.

Gracias y que Dios los bendiga a todos.

Card. JEAN-CLAUDE HOLLERICH, SJ
Arzobispo de Luxemburgo
Relator General del Sínodo de los Obispos

Casa Lago, Ciudad de México, 27 de noviembre de 2021

Mensaje del Presidente de la Conferencia Episcopal de la India a la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe*

Una de las cosas que más disfruto son las oraciones de la mañana. Esta mañana ustedes recordaron y nosotros cantamos un himno que fue inspirado por el Evangelio, ¡qué lindas canciones! Me siento muy agradecido por la oportunidad de estar aquí, en esta Asamblea. No creo que sea el más competente para recomendarles algo sobre su propia Iglesia, pero me gustaría compartir con ustedes algunos pensamientos.

Desde una mirada asiática e india, también como extranjero, puedo decir –y lo saben– que la misión de la Iglesia es evangelizar con los valores del Reino, del Evangelio, que están presentes y que puedan funcionar en la sociedad. Sabemos que en estos tiempos los gobiernos de juegan un papel importante con sus políticas y formas de gobierno, su manera de pensar y sus sistemas de

* Nota de los editores: Intervención original en inglés; traducción libre al español a partir del servicio de interpretación simultánea de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe.



valores, como ocurre también en las mejores de las democracias. Desde mi perspectiva –discúlpenme–, considero que la Iglesia latinoamericana ha jugado un rol fundamental en muchos lugares, como si fuera un ‘partido de oposición’, aunque sin hacer parte de ningún Parlamento, trabajando con honestidad, veracidad, con firmeza y valentía, asumiendo como bandera el bien de las personas.

La vida de la Iglesia, la vida de las personas, debe ser siempre valorada, como el Papa Francisco ha dicho en más de una oportunidad. Cuando uno tiene una vida pública o un papel público, se trata de un acto de servicio y muchas veces sentimos que no está dentro de los alcances de un discípulo misionero. Pero ustedes tienen esa fuerza, ese compromiso, tienen una fuerza juvenil muy talentosa; estoy seguro que ustedes y sus líderes han pensado en identificar a aquellos que pueden ser los líderes del futuro en la sociedad –no sólo en la Iglesia– y por ende les tienen que ayudar a desarrollar esas capacidades de liderazgo, ética, a la luz de la doctrina social de la Iglesia.

Los líderes, a su vez, pueden volverse administradores, jueces, políticos militantes... La política no es algo sucio, muchas veces hemos permitido que así lo sea así por nuestra falta de acción con una perspectiva de futuro. Si ustedes tienen éxito –y no hay razón por la cual no puedan lograrlo en 6, 7 o 10 años– van a tener todo un gran equipo de líderes jóvenes y gente en el gobierno que pueda transformar la sociedad. Ustedes tienen el personal, las fuerzas, la estructura, las fuentes, tienen los recursos... sólo tienen que creer que van a tener éxito y lo obtendrán.

En cuanto a asuntos internos de la Iglesia, tuve el privilegio de participar en el Sínodo de la Amazonía y aprendí mucho de lo que observé, de lo que escuché y de mis conversaciones con los participantes. Me gustaría hacer un comentario sobre dos cosas. Primero que nada, aprendí de la importancia del rol que la mujer tiene en la sociedad: son las animadoras, las pensadoras, las organizadoras del desarrollo de movimientos importantes, especialmente en la Iglesia, y aún así muchas veces no son las que toman las decisiones. Por favor, no piensen que son las ideológicas

y estructuras de la Iglesia las que están forzando a esa posición, eso no es así, esa es una praxis que se ha desarrollado, pero hay muchas oportunidades en las que podemos ver cómo pueden tener roles de responsabilidad. Este es un llamado particular a las mujeres religiosas, quienes pueden pensar que es un compromiso religioso y se les obliga a quedarse en el anonimato de sus conventos; también es un llamado para aquellas que no pertenecen a comunidades religiosas, por ejemplo, las vírgenes consagradas. Creo que es el momento de que la Iglesia reconozca su ministerio y su vocación, también de las mujeres solteras que sienten el llamado a quedarse solteras.

En segundo lugar, otro aspecto que es incluso más importante y parece ser central en la vida pastoral de la Iglesia de América Latina y el Caribe, a partir de mi contacto con varios amigos obispos latinoamericanos. Desde las lecturas que he hecho, yo sé que una gran dificultad, un gran desafío para la Iglesia, es la falta de Eucaristía frecuente para las personas. En consecuencia, se evidencia una carencia en el cuidado pastoral y esta situación no puede ser ignorada. Les aseguro que ninguna teología, doctrina o ley en la Iglesia es un obstáculo que no pueda ser superado; hay dificultades, son grandes dificultades, pero no son obstáculos insuperables. Creo que lo que se necesita es un poco de reflexión, no pueden ignorarse esto, porque está haciendo que la Iglesia sangre.

En sinodalidad estamos encontrándonos, reuniéndonos en medio de un llamado que nos ha hecho el Papa Francisco, y ustedes queridos hermanos de Latinoamérica y el Caribe, son los líderes en la Iglesia, a nivel mundial, pues están adelantados a Asia, África, Oceanía e incluso a Europa. Lo vi durante el Sínodo de la Amazonía, también lo observé en la preparación a esta Asamblea Eclesial. Debemos retornos, desafiarnos a nosotros mismos, sentirnos a gusto porque hemos hecho lo suficiente, hemos cumplido nuestra labor. El Papa Francisco ha dicho en repetidas ocasiones que hay que ir a las periferias. Le hemos escuchado decir, incluso en estos días, que debemos salir al encuentro de los pobres y de los que han sido olvidados; estoy seguro de que lo están haciendo, pero también hay otras periferias: aquellos que ya dejaron la Iglesia o los



que están pensando en dejarla. ¿Qué estoy haciendo) Esta es una pregunta difícil; si ustedes me preguntan a mí: ¿qué puedo hacer en mi propia diócesis, en mi propia conferencia episcopal?, tengo que confesar que no tengo todas las respuestas.

El Papa Francisco sigue haciendo el llamado a la sinodalidad y estoy convencido de que esta invitación que nos está haciendo viene del Espíritu Santo, no únicamente desde su propia experiencia teológica o de sus estudios intelectuales o a lo mejor desde la recomendación de algunos amigos; viene de Dios, del Espíritu Santo, no hay duda de que nos queda mucho por aprender, de estos pueblos, de estas personas, de estas reflexiones, sugerencias y de las circunstancias nos han llevado a buscar a Dios en otros lados. ¿Dónde les hemos fallado?, ¿cómo o de qué manera les fallamos?, ¿qué hacer para que no siga su curso esta situación, no ignoremos sus mensajes o no creamos que tenemos todas las respuestas?

Amigos, la Iglesia en América Latina y el Caribe está viva y el desafío ahora es hacerla aún más vibrante y poner al Señor Jesucristo como rey de nuestras vidas, de nuestros amigos, de nuestros pueblos.

Mensaje del Presidente de las Conferencias Episcopales de Asia a la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe

Estimado Presidente del CELAM, eminencias, excelencias, queridas hermanas y queridos hermanos:

Celebramos la primera Asamblea Eclesial, una asamblea del Pueblo de Dios de todo un continente. ¡Una vez más la Iglesia en América Latina asume un papel pionero! Les felicito de todo corazón. Este paso me recuerda a la Conferencia General del CELAM en Medellín. Fue también un primer paso valiente dado por la Iglesia de un continente para reflexionar sobre la aplicación del Concilio Vaticano II. Fue un acontecimiento que no sólo atrajo la atención del mundo, sino que también dio impulsos importantes a nuestra Iglesia universal.

Para mí, como Presidente de la FABC, la Federación de todas las Conferencias Episcopales de Asia, es una gran alegría y un gran honor participar en la primera Asamblea Eclesial de la Iglesia en América Latina. Muchas gracias por la invitación. La entiendo como



una oportunidad excepcional del encuentro entre la Iglesia de América Latina y la de Asia. Se trata de una Asamblea sostenida por todo el Pueblo de Dios, en el sentido del segundo capítulo de *Lumen gentium*.

Si veo bien, esta Asamblea específica es uno de los ricos frutos del Sínodo de la Amazonía. Este sínodo adelantó un proceso de consulta ejemplar en la Amazonía, llevado a cabo por la Red Eclesial Panamazónica (REPAM), inspirado por el cardenal Cláudio Hummes y conformado particularmente, entre otros por una grupo, de mujeres y hombres indígenas. De allí ha surgido una nueva conciencia y práctica eclesial.

En respuesta al pedido del CELAM de celebrar una sexta Conferencia General –14 años después de Aparecida–, nuestro Santo Padre le dio a la Iglesia de América Latina un consejo muy sabio de buscar otra forma de reunión, aprovechando así el *kairós* actual.

Usted, Monseñor Cabrejos, como Presidente del CELAM, junto con los presidentes de las distintas Conferencias Episcopales de su continente y muchos colaboradores, desarrollaron finalmente el concepto de una Asamblea Eclesial. El Papa Francisco apoya y promueve de manera especial este proyecto.

Para mí, que estoy mirando a América Latina y el desarrollo de la Iglesia desde la perspectiva de Asia, es una alegría ver cómo el Espíritu Santo está trabajando en la Iglesia. Porque al mismo tiempo ha sucedido lo siguiente: Bajo el liderazgo del Cardenal Grech fue cambiado fundamentalmente el esquema habitual de realizar un Sínodo de Obispos en Roma. El Sínodo sobre la sinodalidad se está realizando ahora en varias fases, con la participación de todo el Pueblo de Dios inspirado por el discurso de nuestro Santo Padre con ocasión del Cincuentenario del establecimiento del Sínodo de Obispos. Ambos acontecimientos, esta Asamblea Eclesial y el Sínodo sobre la sinodalidad, nos dan una gran alegría y los acompañamos con nuestras oraciones.

En Asia nos dedicamos desde hace algún tiempo a la preparación de una Conferencia General que se celebrará en octubre de 2022. Podemos vincular muy bien nuestros esfuerzos al proceso sinodal liderado por el cardenal Grech. Junto con el cardenal Oswald Gracias, nos hemos dirigido a todos los obispos de Asia para apoyar este proceso sinodal, en especial la primera fase de la escucha a todo el Pueblo de Dios.

De su Asamblea Eclesial en América Latina, queridos hermanas y hermanos, esperamos también impulsos para nosotros en Asia y para nuestro ser Iglesia en el mundo de hoy, un mundo con sus desafíos particularmente difíciles, con sus injusticias, la pobreza, el cambio climático, el destino de las generaciones futuras, la protección de la creación con su biodiversidad.

Al fin y al cabo, no somos Iglesia para nosotros mismos. Porque ser Iglesia en Asia, en una situación de minoría en el continente más poblado del mundo, no lleva a proclamar el Evangelio de Jesucristo y trabajar desde el Evangelio para configurar un mundo más justo y pacífico.

Es un placer para mí reunirnos, además de los representantes de América Latina, también con los de África, Europa y América del Norte. La cooperación de las Asociaciones Continentales de las Conferencias Episcopales en nuestro mundo globalizado es ahora más importante que nunca.

A todos los que están aquí presentes en México, al pie de Nuestra Señora de Guadalupe, y a quienes participan en esta Asamblea Eclesial en todas las regiones de América Latina les hago llegar el saludo y la bendición de la Iglesia en Asia.

Cardenal CHARLES MAUNG BO, SDB
Arzobispo de Yangon
Presidente de las Conferencias Episcopales de Asia

Mensaje del Presidente del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa a la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe*

El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) es el primer organismo de obispos, fundado antes del Concilio Vaticano II. También será el primero en celebrar una Asamblea Continental –la 1.ª Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe– con miras al sínodo.

El Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) el más joven de los organismos continentales de obispos. Mons. Héctor Miguel Cabrejos Vidarte, Presidente del CELAM, asistió a la última Asamblea Plenaria del CCEE celebrada en el mes de septiembre, en Roma, donde se conmemoró el 50º aniversario de su fundación.

Nuestra asamblea continental, de cara al Sínodo, está prevista del 5 al 12 de febrero de 2023 en Praga. Por eso toda la Presidencia

* Nota de los editores: Texto original en italiano e inglés; traducción libre al español a partir del servicio de interpretación simultánea de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe.



del CCEE participa en la 1.^a Asamblea Eclesial del CELAM: el Card. Hollerich lo hace de manera presencial, como Relator General del Sínodo, mientras que el Presidente Grušas y el Arzobispo Nemet, de manera remota, al igual que los más de 1.000 participantes de la Asamblea Eclesial.

El Papa Francisco conoce muy bien el CELAM como lo demuestra su activa participación en el documento final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, en 2007. Se ha valido de la riqueza acumulada en el trabajo de este cuerpo continental de obispos para su Magisterio al servicio de la Iglesia universal.

Aunque cada cuerpo continental de obispos tiene sus propias particularidades, la 1.^a Asamblea Eclesial será ciertamente una gran inspiración para las asambleas continentales, con miras al Sínodo.

En un mundo cada vez más globalizado y mundializado, la Iglesia católica, con sus 2.000 años de tradición, es el único sujeto global de tan larga duración. De ahí su especial vocación a aportar su singular contribución a la humanidad a la par con los nuevos retos: la pandemia, la salvaguarda de la creación, el fenómeno de las migraciones... El actual proceso sinodal, aunque no se dirija explícitamente a estos fenómenos, puede aportar una valiosa contribución a la hora de abordar los grandes retos a los que se enfrenta la humanidad hoy en día.

Mons. GINTARAS GRUŠAS

Arzobispo de Vilnius

Presidente del Consejo

de Conferencias Episcopales de Europa